



La Santa Sede

**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
A LOS PARTICIPANTES EN EL V CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA FAMILIA**

Sábado 8 de noviembre de 1980

Señoras, señores:

1. Es para mi una alegría recibir a tantas familias de diversos países, poco después del Sínodo consagrado a la misión de la familia. Sed bienvenidos a esta casa que os ha acogido ya muchas veces.

Sois cristianos y cristianas convencidos, decididos a promover y sostener la familia como el lugar primero y natural de la educación. Alimentáis esta convicción con una fe sólida y a la luz de las enseñanzas de la Iglesia; mientras tanto, los textos del Concilio Vaticano II contribuyen a guiar acertadamente vuestra reflexión y vuestra acción. Desarrolláis un determinado número de iniciativas de gran envergadura para ayudar a los padres de familia en su labor educativa; así les invitáis a profundizar su formación a este respecto, apelando a lo mejor de ellos mismos y a los consejos de expertos competentes. Para asegurar un testimonio y una colaboración más eficaz y más universal, habéis constituido la Fundación Internacional de la Familia hace ya dos años.

Por entonces tuve ocasión de evocar ante vosotros todo cuanto puede contribuir a la educación humana y cristiana en la familia. El reciente Sínodo de los Obispos ha tratado ampliamente este tema y el mensaje final de los padres se hizo eco de ello, hasta el punto de que no tengo necesidad de volver esta mañana sobre la cuestión.

2. Para este V Congreso habéis estudiado el tema: "La familia y la condición de la mujer". Una parte notable estaba reservada a las conferencias tenidas por mujeres expertas, sobre temas de los que ellas pueden hablar con experiencia.

Me alegro mucho de que hayáis abordado ese tema capital y delicado porque merece ser tratado en profundidad, con acierto, realismo y sin miedo. No sólo nuestra civilización es muy sensible a él, y a veces incluso hipersensible, sino que dicho tema responde a una necesidad real, porque los cambios bruscos de la vida social y el movimiento de ideas suscitan en este campo muchas discusiones y gran pasión. De hecho, gracias a Dios muchas mujeres han demostrado plenamente sus cualidades en la vida concreta y han contribuido al desarrollo en su radio de acción; en el Sínodo hemos tenido maravillosos ejemplos de ello. Pero un considerable número de mujeres siente, con toda razón, la necesidad de que sean más reconocidos su dignidad de persona, sus derechos, el valor de sus tareas habituales, su aspiración a realizar plenamente su vocación femenina en el seno de la familia y también en la sociedad. Algunas se sienten cansadas e incluso agobiadas con tantas preocupaciones y cargas, sin encontrar suficiente comprensión y ayuda. Otras, sufren y se lamentan por estar relegadas a tareas que se consideran secundarias. Otras se ven tentadas a buscar una solución en los Movimientos que pretenden “liberarlas”, aunque convendría preguntarse de qué liberación se trata y no llamar con esta palabra el alejamiento de lo que constituye su vocación específica de madre y de esposa, ni la imitación uniforme del modo en que se comporta su compañero masculino. Sin embargo, toda esta evolución y estas inquietudes manifiestan claramente que hay que intentar una auténtica promoción femenina en muchos aspectos. Ciertamente la familia, pero también toda la sociedad y las comunidades eclesiales, necesitan las aportaciones específicas de la mujer.

3. Es, por tanto, capital el comenzar por confortar a la mujer, profundizando en cierto número de consideraciones: su igualdad sustancial de dignidad con el hombre en el plan de Dios, como lo ha hecho el Sínodo y como yo he insistido cada miércoles; lo que la califica como persona humana lo mismo que al hombre para vivir en comunión personal con él, su vocación de hija de Dios, de esposa, de madre; su llamada a participar, de modo libre y responsable, en las grandes tareas de hoy, aportando en ellas lo mejor de sí misma; y para esto, su capacidad y su deber de alcanzar la plena maduración de su personalidad: aprendizaje de competencias, formación en el espíritu de servicio, profundización de su fe y de su oración, con lo que logrará beneficiar a las demás.

Hacéis muy bien en examinar las múltiples posibilidades de la aportación calificada de la mujer en los diversos sectores de la vida social y profesional, donde su presencia resultará muy benéfica para un mundo más humano y donde ella misma encontrará una ocasión de desarrollar sus cualidades, especialmente en determinadas épocas de su vida. El problema continúa abierto y ofrece, en cada país, ocasión a muchos debates sobre las modalidades prácticas cuando se trata del trabajo de la mujer fuera de su hogar. Aquí entran en juego muchos aspectos. Es preciso examinarlos serenamente. Sin detenernos más hoy en este tema complejo, debemos al menos tener en cuenta otras dos consideraciones.

4. Conviene vigilar para que la mujer no se vea, por razones económicas, forzada obligatoriamente a un trabajo demasiado pesado y a un horario excesivamente cargado que se añadan a todas sus responsabilidades de dueña del hogar y de educadora de sus hijos. La

sociedad, dijimos al final del Sínodo, debería hacer un esfuerzo para organizarse de otro modo.

Pero sobre todo, según acaba de subrayar vuestro congreso, conviene tener muy en cuenta que las obligaciones de la mujer en todos los niveles de la vida familiar constituyen también una aportación singular al futuro de la sociedad y de la Iglesia, y que no podrá ser descuidada esa aportación sin grave daño para ambas, así como para la mujer misma, bien se trate de las condiciones en torno a la maternidad, o de la intimidad necesaria con los pequeños, o de la educación de los niños y de los jóvenes, o del diálogo atento y prolongado con ellos, o de la atención que hay que prestar a las múltiples necesidades del hogar para que siga siendo acogedor, agradable, confortante en el plan afectivo, formador en el aspecto cultural y religioso. ¿Quién podrá negar que en muchos casos, la estabilidad y el éxito de la familia, su florecimiento humano y espiritual, deben mucho a esa presencia materna en el hogar? Es, pues, un auténtico trabajo profesional que merece ser reconocido como tal por la sociedad; por otra parte, es una llamada al valor, a la responsabilidad, al ingenio, a la santidad.

Se trata, por tanto, de ayudar a las mujeres a que tomen conciencia de esa responsabilidad y de todos los dones de feminidad que Dios ha puesto en ellas, para el mayor bien de la familia y de la sociedad. Hay que pensar también en las mujeres que padecen frustraciones o condiciones precarias, para ayudarlas a afrontar su difícil situación, con la gracia de Dios y la ayuda de quienes las rodean.

5. En fin, queridos amigos, lo que vosotros tratáis de hacer dentro de la Fundación que habéis constituido, otras muchas Asociaciones o Movimientos familiares intentan realizarlo también, de modo complementario. Por otra parte, la familia, célula de la sociedad e "iglesia doméstica", no es un objetivo en sí misma, sino que debe permitir la inserción poco a poco, de los jóvenes en comunidades educativas más amplias. Es decir, que no deben ignorarse las iniciativas ya existentes en este campo y mucho menos cerrarse a ellas, sino que hay que trabajar en el mismo sentido, en unión y confianza con los Pastores de la Iglesia, a fin de que las familias desarrollen plenamente su papel e integren el dinamismo de sus riquezas en la vida pastoral y en el apostolado de las comunidades cristianas, así como el testimonio profético que hay que dar ante el mundo.

¡Que vuestras familias, en la alegría igual que en las pruebas, sean un reflejo del amor de Dios!
¡Que la Virgen Madre, a través de la contemplación y la oración dentro de cada familia cristiana, os conduzca en el camino hacia su Hijo y os consiga la luz y la fuerza del Espíritu Santo, en la paz! Yo bendigo de todo corazón a todos los miembros de vuestras familias, esposos o esposas, niños o jóvenes, y también a los abuelos. Y bendigo asimismo a las parejas que os son queridas y que cuenta con vuestro testimonio.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana